

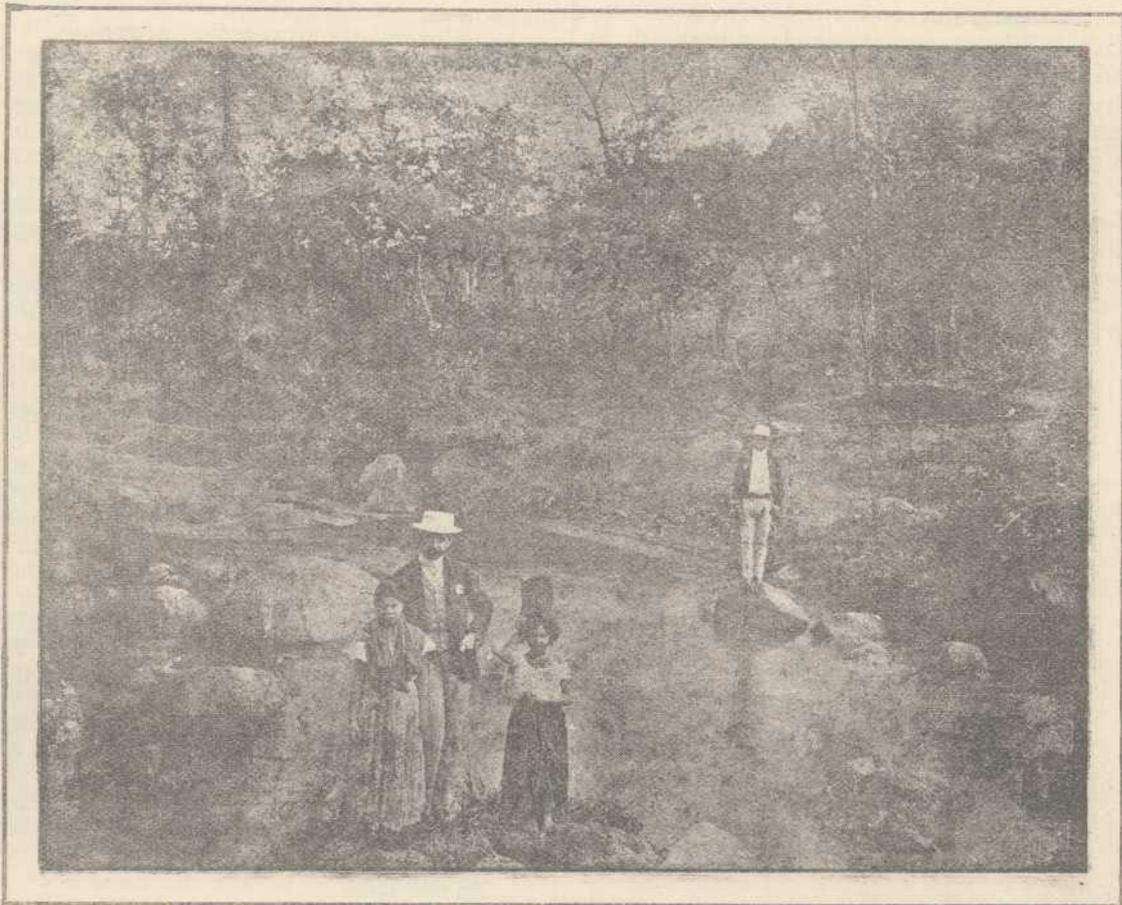


REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

ANTONIO PADRÓN  
EDITOR Y ADMINISTRADOR

San José, 15 de marzo de 1895

F. YALIENTE J.  
COLABORADOR ARTISTICO



UN PAISAJE DEL RÍO TORRES

## SUMARIO

NUESTRO GRABADO  
 EL AMANE CER, soneto, por G. Núñez de Arce  
 EL DUQUE JOB, por Ricardo Jiménez  
 LA MORAL NATURALISTA, por B. de Céspedes  
 EN SU ALCOBA, poesía, por R. Brenes Mesén  
 ARMAS Y ORNAMENTOS DE PIEDRA, por A. Alfaro  
 ASUNTOS NACIONALES, por René  
 MIS VERSOS (de *Las Tres Américas*—Enero-1895)  
 SALVADOR RUEDA, por Enrique A. Carrillo  
 CRÓNICA, por Arturo Montes  
 NOTAS ARTÍSTICAS Y LITERARIAS  
 ANUNCIOS

## GRABADO

UN PAISAJE DEL RÍO TORRES

## ALBUM MUSICAL

LAS NIÑAS DE MADRID, polka-gabota, por L. Alonso

## NUESTRO GRABADO

Nuestro grabado de hoy representa una de las preciosas vistas que el río Torres ofrece en los alrededores de San José. Lo pintoresco del paisaje salta á la primera ojeada, y nada, por lo tanto, podríamos decir para encarecer su belleza que no fuera totalmente ocioso. El río Torres, que recorre las afueras de la ciudad por el lado Norte, atravesará probablemente en tiempo no muy lejano por el centro de San José, viniendo á ser entonces para nosotros un pequeño Sena, un Sena proporcionado á nuestras dimensiones. San José se está desarrollando de una manera rápida en esa dirección, y son de ver ya las graciosas construcciones que están ocupando los solares abiertos á la pública venta, en el emplazamiento de un nuevo barrio, por el activo é inteligente empresario francés Mr. Amón Fasileau Duplantier, quien, además, posee en la otra margen del río uno de los *beneficios* de café más hermosos y mejor montados que en la República existen. El barrio Norte es ya uno de los más bonitos de la ciudad y á su mayor atractivo contribuye no poco el encanto que ofrecen los variados y risueños paisajes del río Torres.

## EL AMANE CER

Al través de la niebla matutina  
 Va apareciendo la rosada aurora,  
 Y con su tenue claridad colora  
 El mar, la vega, el monte y la colina.

El sol, que lentamente se avecina,  
 Luchando con la sombra tentadora,  
 Aun permanece oculto; pero dora  
 Las cumbres y las nubes ilumina.

Canta la alondra, remontando el vuelo,  
 Dulces himnos de amor á la alborada;  
 Abre la flor su perfumado broche;

Y por la muda soledad del cielo,  
 Replegando su túnica estrellada,  
 En su negro corcel huye la noche.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

## EL DUQUE JOB

(MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA)

CON todo y que el Duque Job no contará arriba de veintisiete años, es él uno de los hombres de letras que más enaltecen las mejicanas, cosa que por sí sola bastaría para hacer su mayor elogio. Sus producciones son exquisitas y merecen ser saboreadas con esa lentitud con que paladeamos los más finos licores de los cartujos.

Es verdad vulgar,—con ella venimos desde los bancos del colegio—que los escritores de una raza y sobre todo un determinado lugar y período histórico presentan entre sí pronunciadísimo aire de familia; y más que en nada, este parecimiento es sensible en el estilo, aun en el de aquellos que uno, á primera vista, estaría tentado á suponer distintos de un modo radical, por las hondas y diametrales diferencias de sus escuelas. Nadie que pare mientes únicamente en el abismo que separa los criterios estéticos de Víctor Hugo y Zola, se hallaría dispuesto á admitir que hay algo de común en sus obras. No obstante, en numerosas ocasiones los estilos acusan su próxima parentela. Hay cuadros de Zola: el del herrero, los de las noches de París, en *Une page d'amour*; el de los amores del abate Mouret, en aquel salvaje jardín, que fué su paraíso; ese su novísimo en *L'Oeuvre*,—el de la marcha de Claudio y sus amigos á través de las calles de París, á la salida del Salón, donde había naufragado su cuadro,—que parecen, por la composición, el dibujo y el colorido, ser obra del eximio pintor de los amores de Coseta, en el jardín de la calle Plumont, y de las discusiones de Enjolras y Mario, en el café Musein.

Llevando, pues, como llevamos, en la mente esta idea de semejanza entre las producciones coetáneas—semejanza cuando menos en lo que se refiere al estilo—nos asombramos al dar en una literatura con un tipo que en nada se parece á sus compatriotas. Este es el caso con el Duque Job. Entre los literatos mejicanos no tiene ascendientes ni hermanos. Es aquí una planta exótica del todo, una personalidad sin par. No ha salido nunca de México, y difícil que conozca á Veracruz ó Paso del Norte; pienso que en sus venas no existen trazas de mezcla de sangre, que lo separe de sus paisanos de origen español; y á pesar de ello, su ingenio es esencialmente extranjero; y si no fuera porque todos sabemos que la fábrica de sus artículos está en el callejón de Santa Clara, yo juzgaría natural que pagaran derechos de Aduana, como mercadería importada, y según el aforo de la sedería y encajes de Lyon.

En casi todos sus escritos dan los ojos en nombres, cosas, reminiscencias francesas. Cuando quiere, para expresar mejor la suya, en su forma más poe-

tica, usar la idea ajena, estád seguros que de diez citas, la mitad, si no más, será de versos franceses. Succede con sus artículos, el de *Jud. Venus*, por ejemplo, que á poco de leerlos, se desacuerda uno de que están escritos en español, y olvida que lo que tiene en las manos es *El Partido Liberal*; y sin sentirlo, cree uno que aquel periódico es el *Gis Blas* é instintivamente busca la firma, para cerciorarse que allí ha de estar el nombre de Catulo Mendez, ó de algún otro de los grandes estilistas parisienses. Los versos griegos estaban hechos con miel de Hiblea, los suyos de seguro están con genuina miel de Lutecia.

Cuando comencé á ver composiciones suyas, dudé que aquello pudiera ser el estilo natural del Duque Job. Mas á medida que leí mayor número de ellas y cuando traté personalmente al autor, vine á convencerme de que no existía la afectación que antes sospeché. A pesar de tener su domicilio en México, de transitar por sus calles y de no salir de sus alrededores, el Duque Job vive en pleno París, en pleno boulevard. Cuando dice que "Francia es la patria de nuestros espíritus, el corazón ardiente de la raza latina," y que cierta fiesta francesa, celebrada aquí, le "traía un perfume de París—la patria que no conozco" lo dice con todo su ser, con la sinceridad de un niño. Sí, él es un Alberto Wolff, un Fiorentino; uno de esos seres desterrados de su patria antes de nacer; uno de esos espíritus parisienses que nacen en el extranjero por una bellaquería del azar.

Heine decía que la claridad y el buen gusto, con otra cualidad que se me escapa, eran las distintivas del genio literario francés. Pues bien, el Duque Job los posee ambas á título de señor. Nada de tener que leer dos veces un período suyo; nada de esa verba poética vacía y las más veces indescifrable; nada de detenerse uno á tomar huelgo para alcanzar el sentido de sus frases, ó de tratar, á fuerza de reflexión, de cuajar, en forma concreta, la materia difusa del pensamiento. Su prosa, lo mismo que su verso, es limpo cristal de Bohemia.

Por lo que respecta á su buen gusto, hay que convenir en que jamás lo abandona. Su talento, al modo de aquellos caballeros franceses de la refinada sociedad del siglo XVIII, es correcto, pulido, chispeante, incapaz de una vulgaridad.

Hay una característica condición de la literatura moderna francesa, que se halla en sus escritos muy pura. Me refiero á la facultad de seducción. Nájera dice: "No hay manos como las francesas para la magia: poned en ellas un listón, una flor, una lágrima: el listón será un traje; la flor un poema, y la lágrima una perla. Dad á la francesa unos cuantos metros de percal, y hará con esa tela, que *na pas le son*, un vestido de hada." Eso mismo puede decirse de su pluma; y sus crónicas se encargan de demostrarlo. Podrá suceder que no le vengan á las manos sino sucesos prosaicos, cosas que, cuando las vimos, nos hicieron bostezar de fastidio. No importa, él sacará de aquella materia bruta inimaginable partido. Habéis ido á una fiesta campestre, habéis estado en un baile, y si se os antoja que ni lo uno ni lo otro estuvo realzado por ningún detalle que lo diferenciase de otras fiestas de su especie. Leéis, al domingo siguiente, las *Humoradas*, y la descripción de aquellas fiestas os deleita tanto que, aunque estuvisteis en ellas, llegáis á recelar que no supisteis ver y gozar bien lo que de agradable hubo allí; y os arrepentís de no haber llevado de compañero al Duque Job, que os habría servido de mentor y hecho gustar todas sus delicias, á la manera que el cicerone os hace advertir

y apreciar, hasta en sus menores detalles, cuantas bellezas contiene un museo.

Recuerdo la impresión que de niño producian en mi espíritu, abierto á todo lo maravilloso, los fuegos artificiales. Primero, en la oscuridad de la noche, no percibía sino armazones informes, toscas, negras; y aquello mismo, momentos después, lo veía transformarse en fábrica de luz, de arquitectura ligera y caprichosa, por cuyos bajos relieves, ojivas, arquitrabe, cornisas y puntiagudas torrecillas, por cuyos muros todos corrían y resplandecían, con peregrinos visos y cambiantes, multicolores llamas, que daban al conjunto apariencia de encantado castillo de hadas. Algo muy semejante acontece con las crónicas del Duque Job.

Es indudable que la seducción de que está impregnado cuanto escribe, se debe muy principalmente al inimitable uso de la imagen, en lo que—así lo pensaba Gustavo Flaubert—reposa el secreto de escribir bien. En primer lugar, todas las suyas se distinguen por eminente carácter plástico. Jamás usará una de contornos indecisos. Esas que reproducen la idea, así como crean las nubes, seres y objetos, que, para que vengan á ser representación de algo, es necesario que la complaciente fantasía concluya y determine, no le satisfacen. La imagen que vagamente transparenta la idea, que comunica el pensamiento del escritor, diríamos, apenas por aproximación, él la rechaza. Para quedar contento exige, que con la imagen, la percepción ó emoción que se propuso despertar, surja ante el lector, palpable, corpórea, tangible como una estatua. Y en realidad, que logra conseguirlo con las suyas; más aún, á fuerza de ser vivientes, seducen como esas mujeres hermosas que vemos cruzar por los paseos, bañadas en la suave luz del ocaso, y tras de quienes corre nuestra admiración al igual del aristocrático perrillo que las sigue.

Por otra parte, huye como de un mal encuentro de comparaciones manoseadas por todo el mundo. El lugar común le crispera todos los nervios. De esta suerte vienen á tener sus artículos sabor de tempraneras fresas de mayo, ú olor de flor recién abierta ó de caja de perfumes cuyos lazos se desatan por vez primera.

Para reproducir estas emociones del ánimo, ó líneas de conducta, es muy inclinado á usar imágenes del mundo material y de aquellos objetos y cosas que nos rodean en el trajín de la vida diaria y prosaica; y de este procedimiento, que podría denominarse democratizador del estilo, obtiene inesperados efectos. Hablando del desenfado con que es corriente hacer el amor, dice: "Decimos sin escrúpulo que amamos; pero esta frase con descuento, como el papel moneda de ciertos gobiernos, ya se sabe que vale menos de lo que representa. El amor es un vestido que ponemos á nuestras concupiscencias, á nuestros caprichos y á nuestras vanidades, para que se presenten con decencia en la sociedad. Es como el frac.—"Porque nos aburríamos en un baile, porque nos fastidiaba una ópera de Wagner, porque dos labios frescos hicieron aletear en nuestra boca besos dormidos, porque murmuramos unas cuantas frases banales, la vida de esa crédula se trunca. La infeliz tomó como buenas las monedas falsas que le dimos y quiere cambiarlas. ¿No sabía que eran malas? . . . ¿De qué país viene?" Para expresar que en el corazón de un amante no hubo jamás el menor sentimiento amoroso dirá: "Armando, en cambio, no la había amado nunca. Tenía que confesarlo; lo veía claro, patente. No es arduo ni difícil observar si una bote-

lla está vacía."—El egoísmo de una cocotte lo pintará así: "Sus cartas de amor están escritas en papel Wattman... rayado para cuentas. Ve la moneda de oro que brilla en el fondo del estanque y se lanza á cogerla con la habilidad del buzo. Así ha bajado á muchos corazones. Logrado su deseo, deja al amante. Esto es, sale del estanque y se enjuga con una toalla." Está esperando á la bienamada desconocida de su corazón que tarda en venir, y exclama:

"Contemplando el camino é impacientes  
Te aguardan mis sencillas ilusiones,  
Como esperan los niños inocentes  
La vuelta de la madre en los balcones."

En cambio, es dado también al uso de la prosopopeya; mas en una manera tan poco acostumbrada y delicadísima, que uno, al primer momento duda si eso es lo que en la clase de retórica se nos enseñó como tal figura, cuando se nos daba por ejemplo el "Folgaba el Rey Rodrigo..." Es claro que éste y el anterior son en el fondo un mismo procedimiento; y sin el segundo su estilo sería medalla que no exhibiría grabado más que en una cara; combinados ambos hacen que su estilo sea legítima moneda de oro, acabada de salir de los cuños de la República francesa. Ved unas cuantas muestras de la segunda clase de imágenes: "La hostia inmaculada resplandece en la custodia; los cirios, blancas cárceles de espíritus en pena, se consumen en cincelados candelabros; y las voces vibrantes de los niños, esas voces que todavía se apoyan en la pared para no caerse, corretean tambaleando por las columnas del altar y retozan en la cornisa de la cúpula. Allí se encuentran con los gorgoros de los gorriónes y se funden en única armonía"... "y, es más, creo que hablar á una mujer hermosa de su traje es como hablar á una camelia florentina del tiesto japonés en que se ostenta; á un diamante del cerco de oro en que está preso; á un poeta, de la pasta de raso de sus libros. Los diamantes son gotas de rocío. Las rosas no se enorgullecen de tenerlas."

"Vino la noche, la casta cuna  
Ya concluída, puesta quedó,  
Y un apacible rayo de luna  
Entre sus ropas se acurrucó."

Por último, como muestra de la vividez de descripción de su estilo, de su facultad de evocar con pocos rasgos, y de golpe, una escena, á tan de bulto como si se destacara delante de nuestra vista, copiaré dos pasajes: "Es la hora en que la hermosa joven, de pie frente á la luna de su tocador, contempla satisfecha sus encantos, á la luz de dos grandes candelabros, mientras la camarista, de rodillas, prende los últimos encajes de su falda. Es la hora en que el hombre pschutt cubre su frac rojo con el paltó de avellana, y, desplegando el claqué, sube al cupé. El baile ha empezado ya, y espesa muchedumbre de curiosos se agrupa cerca del peristilo."

Junto á la mesa, á la lumbrera del quinqué, cosía Clara, mientras su esposo fumaba rico veguero; y ambos, enamorados, departían,—como Rosa y Miguel en *La Pesca* de Núñez de Arce—sobre las futuras dichas que les habría de traer la niña, decía él, el niño, aseguraba ella, que ya el blando nido esperaba impaciente, en la alcoba. En su loca charla, Clara decía:

"Y su cabello, rubio, rizado,  
Yo con mis manos alisaré,  
Y, entre mis brazos aprisionado,  
Sin que me entienda, le charlaré.  
Verás al verle, cómo reímos:  
Por las alfombras gateando irá,  
Y cuando advierta que le seguimos,  
Verás si sabe decir papá!  
Cuando se acueste, como una loca,  
Un beso largo daré en su sien,  
Dos en el cuello, tres en la boca,  
Cinco en los ojos, diez... hasta cien."

Algunos prefieren la prosa del Duque Job á sus versos; y lo explican por hallar en aquella una exuberancia de símbolos para cada idea, que no es posible quepa en el molde aprisionador del verso. En una maceta de Sévres cabrá una macolla de violetas, mas nunca un jardín entero. Pero hay otros, y no son los menos, de adverso parecer. En su sentir la falta de excesiva exuberancia está compensada con la mayor cristalización de la idea y con la armonía del verso, de una hechura impecable. Como forjador de la estrofa en un *parnassien pur sang*. Su religión de la forma le fuerza á practicar austeramente el precepto de que es menester que cada palabra, sílaba y letra, cada acento y rima, haciéndose abstracción del sentido de la frase, halaguen el oído como la más perfecta sinfonía. Pienso que para él tan incomprensible sería transigir con un verso defectuoso como admitir que una golondrina con el ala rota, puede remontarse al cielo. Su obediencia á todos los preceptos de la nueva escuela es cabal: emplear ripios, sería hacerse reo de pecado irremisible, y es constante su afán de usar rimas ricas, mérito que tanto avalora todas sus poesías.

Esto en cuanto á la mera forma, que en cuanto al pensamiento es ciertamente perfumado exquisito que bien merece estar encerrado en esos pomos primorosos, que él sabe tallar en mil suertes de extraños cortes.

Su musa no ha calzado nunca el coturno ó dejado escapar sus acentos, oculto el rostro tras las antiguas máscaras griegas; no ha llevado á los labios—son demasiado delicados para ello—la trompa lírica de Quintana ó Hugo; no es tampoco la musa conceptuosa y osada de los *Gritos del combate*, que, á guisa de la mujer-paje que acompañaba á su amado, el fiero Lara, en el poema de Byron, gusta de seguir al pensamiento moderno en sus angustiosas y mortales batallas; ni es la melancólica, la enfermiza de Bécquer, de mejillas pálidas y ojos ardientes y palabras desesperadas; ni menos la musa de Heine, ondina fascinadora y fatal, cuyos besos son mordeduras incurables y cuyos abrazos dejan tan helado el corazón que no hay luego besos, ni caricias, ni alcoba bastante tibia que le devuelva el calor de la adolescencia. Oh, no! Su musa es muy distinta de las anteriores. Pertenece á la misma nobilísima familia, no hay que dudarlo; la pureza de las líneas, lo escultural de las formas, lo fascinante de sus gestos y movimientos lo están diciendo á grandes voces. Pero si es parienta, es parienta muy lejana.

En aspecto, en sentimientos, en inclinaciones enteramente femenina, es decir, todo gracia, todo gentileza, todo suavidad, todo sutil insinuación que nos penetra y subyuga. Y por remate, es de una distinción moderna, modernísima: con entera confianza puede copiarse, que está al tanto de la última elegancia. Menudos rizos le somborean y ponen rayos de

sol en la frente; gasta diminutos botines de tacones— pronto los llevará bajos;—usa pouf; y en el torso de sus vestidos se lee la leyenda "Worth-París." A pesar de su esclarecida alcurnia no es difícil ser presentado á ello; y no es raro que se nos haya aparecido entre los frondosos fresnos de la alameda, cuando, sentados en el rústico banco de hierro, oíamos, pensativos y soñadores, los ecos de la música, las risas jubilosas de los niños, que jugaban en las enarenadas callejuelas, y el ruído monótono del agua que se deja caer en el ancho pilón, vencida y quejumbrosa, por no poder ascender y ascender siempre;—sí, no es raro que, con tamaños ojos de sorpresa la hayamos visto venir hacia nosotros, "bajo el cielo azul de primavera, en figura de joven gallardísima, con una flor purpúrea en el corpiño y un beso que aleteaba entre los labios."

No tiene sobre la vida las ideas romanescas de una Mad. Bovary, al salir del colegio. Ha padecido decepciones y á veces su alma

"Se inclina á la locura,  
Como árbol viejo que su tronco enarca  
A orillas de hervoroso precipicio;"

pero sus desencantos no le han dejado mancha indeleble, como la que Lady Macbeth sentía, acongojada, en las manos, sin esperanza de que logran hacerla desaparecer ni los perfumes todos de Arabia.

Al contarnos, en voz baja, ciertos recuerdos, cuando conmovida exclama:

"¡Oh infancia! ¡Oh juventud! ¡Padres! ¡Hermanos!  
¡Breves domingos que la misa empieza  
Y en el hogar termina el viejo cuento!  
¡Oh cosas blancas! ¡canas y vestidos!  
¡Torres del templo! ¡Muros de mi casa!  
¡Oh dulce Ofelia que "cantando pasa"  
Oyendo los murmullos de los nidos!  
¡Oh cosas frescas! ¡Ondas del arroyo  
A la hora del alba! ¡Noches quietas,  
Sin sobresaltos ni amoroso anhelo!  
¡Oh manos que bajáis á las violetas!  
¡Oh pensamientos que subís al cielo!  
¡Primera comunión! ¡Primer idilio!  
¡Cirio que entre mis manos chispeaba!  
¡Crepúsculo feliz de la pureza!  
¡Amor que no se sabe cómo empieza,  
Ni se sabe tampoco por qué acaba!"

sus ojos se arrasan en lágrimas y su risa, canora ave asustada, tiende las alas y huye de su boca. Mas esa emoción es pasajera, que no gusta, imitando á la flor nacida al borde de profundo y abandonado pozo, siempre pendiente sobre el antro oscuro, permanecer con el alma fija en lo tenebroso de la vida. Su constitución es sana; goza de un temperamento equilibrado. Ni sus propios pesares ni las tristezas que guarda todavía su sistema nervioso, como herencia de sus ascendientes—al fin hijos de este siglo—arruinarán su robusta naturaleza. Cualquiera que sea la crisis, los nervios pronto recobrarán su normal equilibrio; su buen humor renacerá, y resplandecerán sus ojos con pensamientos picarescos, risueños, de buena creyente, que desafía con bruvura las formidables seducciones del pesimismo moderno y en estos buenos momentos recitará, juguetona, los versos á la Duquesita Job, que le hizo su amante. Es su musa, en fin, la hermana criolla de la musa tierna, la musa *bonne enfant*, la musa seductora del poeta de las intimidades de la vida y el corazón, Francisco Coppée.

RICARDO JIMÉNEZ

## La moral naturalista

Aquellas acciones humanas que tienen por fines la mayor utilidad y bienestar del individuo dentro del *medio social*, y la mayor suma de perfeccionamiento del *medio social*, modificando á su vez el individuo, en sentido siempre de una adaptación progresiva, podrán ser objetos de estudio del moralista.

Determinándose el individuo en el estado social, la adaptación progresiva de sus actos conforme á una ley de intereses que tienda necesariamente á su conservación y bienestar, irá formando la *conciencia moral* que en su génesis no es más que mero instinto de vitalidad, transmitido por herencia, transformado y diversificado por la evolución de los actos psíquicos, y consolidado por la experiencia.

Según los *hedonistas*, la dirección natural de nuestras acciones sería lograr el *mínimum* de dolor y el *máximum* de placer, siguiendo siempre la vida consciente, la línea del menor sufrimiento. Este fin de los descos humanos no puede ser negado por nadie; pero creemos que dentro del criterio de la moral estrictamente científica, no debe considerarse como fin el placer, sino como una consecuencia del esfuerzo instintivo por conservar y fomentar la vida.

El placer es un estado de la conciencia asociado á una idea de acrecentamiento de la vida (física é intelectual).

"Acrece constantemente la intensidad de tu vida" equivaldría á esta otra máxima: "Acrece constantemente la intensidad del placer."

La parte de la moral fundada sistemáticamente sobre hechos positivos, pudiera definirse: *la ciencia que tiene por objeto todos los medios de conservación, fomento y fecundidad de la vida material é intelectual.*

La ley moral de la especie será, pues, la fórmula concreta y objetiva de la utilidad y necesidad específica de *conservación y perfeccionamiento*, cuya ley moral no es absoluta sino variable con los tiempos, las razas, generaciones, nacionalidades y regiones.

La naturaleza no se mueve sino mediante una serie de conflictos que tienden á resolverse en sucesivas armonías, de la propia manera el individuo, en los grados sucesivos de adaptación de sus actos al *medio social*, deberá obedecer á la ley natural de lucha y de reacción.

En una superior ramificación zoológica, la lucha por la vida se complica y transforma en lucha por el bien y la moralidad; la razón se desarrolla en la concurrencia, promoviendo variedades de medios que se conformen con los fines específicos. La experiencia á su vez enseña el uso progresivo de estos medios; las distancias de causa y efecto aparecen cada vez más lejanas y mediatas; y de esta manera podremos

observar cómo entre el individuo y la sociedad se establece la tendencia de todo ritmo á un equilibrio final por oscilaciones constantes de *expansión* del individuo en el *medio* en que vive, y de *contracción* de la sociedad en sentido del individuo.

Todos estos actos no son más que tentativas para la mutua armonía entre ambos factotes de la evolución.

Nosotros deberemos reconocer un *ideal moral*, separándonos con esta afirmación, de la tendencia objetiva del *evolucionismo* en la moral:

*Ideal de conservación y de perfeccionamiento por completa adaptación del individuo á la sociedad, y recíprocamente de la sociedad al individuo, dentro de la mayor suma de bienestar general.*

\* \* \*

Si el hombre es fruto legítimo de variaciones accidentales promovidas por la necesidad de vivir en la concurrencia Universal, estas variaciones que acreditan su transformación *antropoide* en una organización más progresiva, constituirán pruebas positivas de que solo una *selección* severa en que los más poderosos y progresivamente perfectos pudieran subsistir, fué el *primun movens* de estas transformaciones graduadas por accidentes y modificaciones del *tipo antropoide*.

Estas variaciones progresivas, para que pudieran ser permanentes en la especie, necesitaron cristalizarse en la descendencia como caracteres hereditarios transmitidos por la relación sexual.

Tenemos, pues, que reconstruir la serie de actos humanos, reconociendo el paralelismo entre el origen de las especies y la *génesis* psíquica en su forma primitiva, sencilla y homogénea, inconsciente é instintiva.

El instinto de conservación, por ejemplo, en las sucesivas variaciones de los actos del agente, cada vez más complejos, pudo transformarse en un acto consciente y por lo tanto inteligente, y por asociación de ideas extenderse del individuo á la sociedad, de modo que el interés social se constituyera en equivalente del instinto de conservación personal percibido por la conciencia.

De esta manera es como nosotros concebimos que el instinto de conservación personal, transmitido por herencia en la sucesión y transformación de las especies inferiores, modificado por una selección progresiva y por una serie de adaptaciones, haya podido transformarse en el ser en experiencia de utilidad, como una asociación natural del bien al mayor bienestar, y del mal al dolor ó la pena.

Cada individuo, queriendo su propio bienestar y conservación personal, descará á su vez la utilidad general que no será ésta más que la

asociación de esa ley de conservación personal á una experiencia de necesidad específica.

El egoísmo será la fórmula genérica y expresiva de un primitivo estado de moralidad humana en que el instinto de conservación, personal, fuerte, avasallador é inconsciente no reconocía más experiencias de utilidad y bienestar que aquellas más inmediatas, rudimentarias y sencillas, determinadas por las condiciones de vida propias de las primitivas agrupaciones humanas. Los instintos y sentimientos egoístas corresponden, pues, á un tipo originario y primitivo de civilización.

Actualmente oscilamos entre el principio de la evolución de moralidad (egoísmo); y el fin estable de la ley progresiva (altruismo).

Los sentimientos mixtos ego-altruistas, que expresan los grados diversos de adaptación por los cuales el individuo y el medio social tienden á la armonía, son los que caracterizan la moralidad en la época presente.

¿Por qué, dice H. Spencer, observamos todavía el conflicto entre los sentimientos egoístas y los altruistas? Es que debemos reconocernos por mitad salvajes y hombres civilizados.

Esta admirable calificación del gran filósofo inglés, de un periodo histórico actual, pudiera darnos la clave del malestar y doloroso prurito que aquejan á estas generaciones destinadas, en el tiempo, á vivir entre dos crepúsculos, inquietas y desesperadas en medio de las apremiantes sollicitaciones de intereses y fines egoístas; y en otro sentido, vacilando entre impulsos simpáticos de amor al prójimo y de interés social en perenne lucha siempre con ese sentido moral primitivo, inconsciente y brutal de nuestra casta originaria que por herencia atávica resurge á manera de visión andrajosa y miserable en las brillantes y suntuosas fiestas de la civilización moderna.

\* \* \*

La ley de *selección natural*, que tan bárbara é inhumana se nos representa cuando la aplicamos á la resolución inmediata de ciertos problemas sociológicos, es sin embargo, uno de los factores progresivos de la moralidad. Los más fuertes, los más aptos é idóneos se abrirán, triunfantes, paso en la concurrencia, creando en sucesivas variaciones nuevas actividades, ensanchando sus conquistas de la naturaleza con recursos cada vez más complicados y originales.

La energía y la audacia, que son las dos virtudes primitivas de la fuerza, bien pudieran por sucesivas modificaciones de las inclinaciones humanas, transformarse en un escenario histórico más pacífico y más *humanitario*, en fuerzas sociales de emulación y de concordia, pudiendo desde ahora representarnos el triunfo del *hombre definitivo* que habrá de luchar nada más que por los elevados y mediatos intereses de la Humanidad.

# LAS NIÑAS DE MADRID

POLKA GAVOTA

L. ALONSO,

(N.º 96)

PIANO

The musical score is written for piano in G major and 2/4 time. It consists of four systems of music. The first system is marked 'PIANO' and begins with a treble clef, a key signature of one sharp (F#), and a 2/4 time signature. The melody starts with a quarter note G4, followed by eighth notes A4-B4, and a quarter note C5. The bass line consists of chords: G2-B2-D3, A2-C3-E3, and B2-D3-F#3. The second system continues the melody with eighth notes and quarter notes, reaching a forte (ff) dynamic. The third system features a melodic flourish with grace notes and a dynamic shift to piano (pp) before returning to forte (ff). The fourth system concludes the piece with a final melodic phrase and a strong bass accompaniment.

First system of musical notation, consisting of a grand staff with treble and bass clefs. The music features eighth and sixteenth notes with various accidentals.

Second system of musical notation. It includes dynamic markings *pp* and *fff*. The word *FIN.* is written at the end of the system.

Third system of musical notation. It includes dynamic markings *fff* and *pp crescendo.*

Fourth system of musical notation. It includes dynamic markings *fff*, *ff*, and *pp*.

Fifth system of musical notation, continuing the piece with various note values and accidentals.

The first system of musical notation consists of two staves. The upper staff is in treble clef and the lower staff is in bass clef. Both staves are in a key signature of three sharps (F#, C#, G#). The music features a series of eighth and sixteenth notes, with some chords and rests.

The second system of musical notation consists of two staves in treble and bass clefs. The key signature remains three sharps. The notation includes various rhythmic patterns and chordal structures.

The third system of musical notation consists of two staves. A dynamic marking of *p* (piano) is present in the second measure of the upper staff. The music continues with rhythmic patterns and chordal accompaniment.

The fourth system of musical notation consists of two staves. A dynamic marking of *fff* (fortississimo) is present in the third measure of the upper staff. The notation includes complex rhythmic figures and chordal textures.

The fifth system of musical notation consists of two staves. Dynamic markings of *pp* (pianissimo) and *sf* (sforzando) are present in the lower staff. The system concludes with a final cadence.

First system of musical notation, consisting of a grand staff with treble and bass clefs. The music features a complex texture with many beamed notes and chords, typical of a virtuosic piano piece.

Second system of musical notation, continuing the piece with similar complex textures and rhythmic patterns.

Third system of musical notation, featuring a dynamic marking of *fff* (fortississimo) in the bass clef and *ff* (fortissimo) in the treble clef. A first ending bracket labeled '8' spans the final two measures.

Fourth system of musical notation, featuring a dynamic marking of *pp* (pianissimo) and the instruction *rallentando.* in the bass clef. A first ending bracket labeled '8' spans the final two measures.

Fifth system of musical notation, featuring a dynamic marking of *fff* (fortississimo) and the instruction *rallentando.* in the bass clef. It includes first and second endings labeled '1' and '2' respectively. The piece concludes with the instruction *D.C. al Fine*.

La obligación moral, que implica resistencia y esfuerzo, deberá desaparecer, sustituida por una especie de espontaneidad moral.

Un organismo moral defectuoso debe sufrir las consecuencias naturales de sus actos: la sociedad reaccionará contra él previniéndose; y en la escala de la criminalidad, por legítima defensa.

La clásica fórmula:—*obra conforme al puro deber, suceda lo que quiera*,—podría sustituirse por esta otra máxima: *es necesario conformarse á los fines de la existencia, adaptando sus actos á las condiciones externas en que la vida se desarrolla, en sentido siempre de la conservación y perfeccionamiento individual.*

Somos libres, no por deber, sino por la necesidad orgánica que naturalmente nos inclina á realizar nuestro propio interés y bienestar, ensanchando de esta manera nuestra esfera de acción en la conciencia, en el intelecto y en la sociedad.

Esos pretendidos derechos naturales del individuo no son más que palabras que expresan el derecho natural que todo hombre posee, en mayor ó menor grado, de realizar los actos propios de conservación y perfeccionamiento de la vida, sin coartar el derecho similar de sus semejantes.

Reclamar de la naturaleza, en un presente estado, que los derechos relacionen á los hombres en forma acabada, equivaldría á suponer que la obra de evolución había alcanzado un maximum de integración.

Vanidad y confianza sería abrigar tales ideas, si también no fuera extraña manera de concebir los destinos de la naturaleza humana.

Los tiempos no se han cumplido todavía. Para alcanzar el *equilibrio social* al través de infinitas variaciones, oscilando entre la *evolución* y la *disolución*, es preciso que sobrevenga una fase en el desarrollo moral é intelectual de los hombres del porvenir, en que el individuo viva desahogadamente en la sociedad, sin entorpecimientos ni trabas á su libre expansión y bienestar, solicitado por atracciones simpáticas, por corrientes generosas de paz y equilibrio entre todos los intereses y necesidades.

BENJAMÍN DE CÉSPEDES

Heredia, 24 de enero de 1895

### EN SU ALCOVA

¡Fué mi primer amor! Dulce episodio que ha comprendido mis mejores años!  
¡Todo acabó!... pero una gota de odio no enturbia mis queridos desengaños.

Ella no ignora que visito á veces su tibia estancia: es bondadosa y deja piezas de un traje, el eco de sus preces, un pañuelo, una cinta, una media.

La amo de lejos. Sus reliquias traen sueños de amor á mi memoria firme, sueños que se desprenden y se caen después de acariciarme y de rendirme.

¡No está! Lo sé; y á su aposento mudo empapado de esencias de su ropa, para embriagarme de recuerdo acudo como á los bordes de espumante copa.

¡Todo aparece en calma! Polvo fino sobre las sillas de bejuco llueve, las flores en el vaso alabastrino mustias despiden un aliento leve.

Quiero soñar y en el sofá me siento; sopla la angustia, y de la muerta estancia sereno resucita un pensamiento en sus alas trayéndome la infancia.

Una gota de llanto ó su reflejo supongo que en mis ojos se divisa, pero miro, al volverme hacia el espejo, en mis labios cuajada una sonrisa.

¡Y pienso en ella! Donde quiera miro moverse en paz su fugitiva sombra; oigo que llega... y con sorpresa admiro una bata rozándose en la alfombra.

¡Si en el cristal pudiese sorprenderla con sus miradas dulces y tranquilas... y observo, al acercarme para verla, su imagen incrustada en mis pupilas.

ROBERTO BRENES MESÉN

1 | 3 | 95.

## ARMAS Y ORNAMENTOS

DE

### PIEDRA



ENTRE los objetos indígenas extraídos de las antiguas sepulturas figuran en primer término las armas de piedra y los ornamentos de jade, porque ellos han suscitado entre los arqueólogos contemporáneos el mayor número de controversias, ora sobre la antigüedad á que la fabricación de cada uno se remonta, ora sobre la clase y procedencia de los materiales empleados.—Mucho se ha escrito acerca de la posible existencia del hombre paleolítico y de la importación al continente americano, de la piedra verde tan estimada por los indios, pero aun no se ha llegado á una conclusión definitiva.—Nuestra opinión humilde, ha sido siempre contraria á ambas teorías y vamos á exponer en este artículo las razones en que fundamos nuestro modo de pensar. Debe, en todo caso, tenerse en cuenta que nos referimos exclusivamente á los ejemplares recogidos en Costa Rica y pudiera suceder que en otro de los países americanos se obtengan conclusiones diferentes, y más todavía, que nosotros mismos hagamos de modificar nuestras opiniones con el exa-

men de otros ejemplares nuevos ó convencidos por razones contrarias de mayor peso.

El ilustrado Doctor don Tomás Wilson, refiriéndose al *Période Paléolithique dans l'Amérique du Nord*, se expresa así, en la página 25: *Toutes disaient qu'on avait pu trouver ces instruments mêlés avec d'autres, à la surface; mais dans les tumulus ou tombeaux indiens, jamais.* En Costa Rica, esos instrumentos de piedra que parecen pertenecer al hombre paleolítico por su forma y rudeza de fabricación se hallan siempre dentro de las sepulturas mezclados con las armas de piedra pulida, la cerámica de colores diversos y las joyas de oro fundido. No parece sino que la dureza de la piedra que empleaban á veces en la fabricación de esos instrumentos no les permitiese el pulimento y por eso los usaron simplemente forjados; algunas personas hay que consideran esos objetos apenas medio elaborados ó en vía de construcción. Pero no es nuestro propósito enumerar los diversos pareceres emitidos á este respecto, sino citar el hecho de que esos objetos que parecen paleolíticos, se han hallado dentro de las sepulturas, acompañados á veces hasta de restos humanos que indican muy poca antigüedad.

Cansado sería enumerar todos los ejemplares que posee nuestro Museo Nacional, cuya antigüedad parece remontarse hasta los tiempos del hombre paleolítico; mas debemos citar algunos de estos especímenes y para ello hemos escogido seis tipos diferentes en la forma, tamaño, dureza y procedencia, á saber:

**3447.** Pedazo de pedernal, de 33 milímetros de largo; procede de la colección hecha por el señor Matarrita en Nicoya. No se puede determinar justamente su aplicación probable y su forma es semejante á la de un fragmento de las navajas de obsidiana. En Turrialba tuvimos oportunidad de recoger gran cantidad de pedazos de pedernal que estaban dentro de las sepulturas antiguas de los indios.

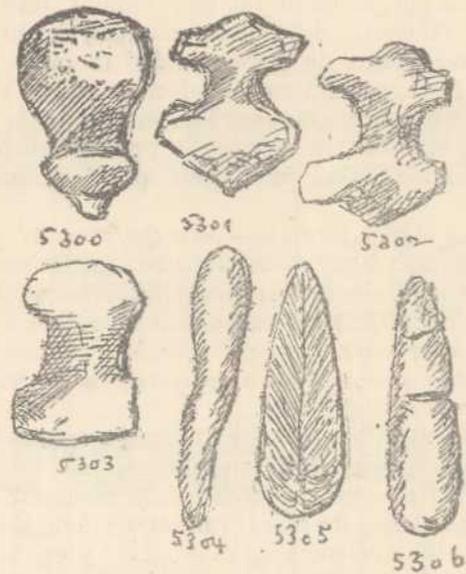
**4004.** Parece la punta de un cincel; es de silicato hidratado y mide 57 milímetros de largo, su color es blanco de ópalo. Fué colectado este ejemplar por don Juan J. Cooper, en Navarrito, Cartago.

**2964.** Punta de flecha de pedernal: mide 7 centímetros de largo — Aguacaliente—Legado Troyo. El color de esta pieza es blanco cristalino; pero las hay también de color amarillento y aún rojizo.

**6454.** Cincel de anfíbol negro (silicato de fractura concóidea); mide 16 centímetros de longitud. Colectado en el cementerio del Guayabo, en Turrialba por A. Alfaro. Diciembre de 1891.

**3586.** Hacha fabricada de un material semejante al del cincel anterior, pero su color es de pizarra. Este ejemplar mide 17 centímetros de longitud y fué colectado en Nicoya por don Juan J. Matarrita. En su forma se parece mucho á los ejemplares marcados con los números 5301 y 5302 de la *Colección Thiel*, cuyos grabados se insertan adelante.

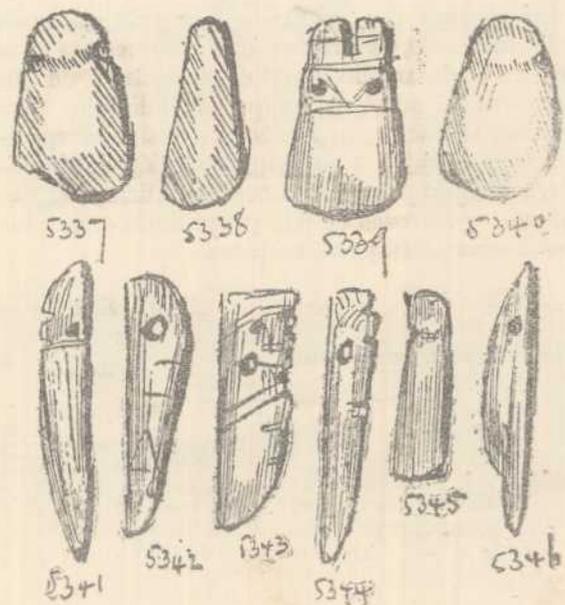
**3016.** Hacha grande de 28 centímetros de longitud; fabricada de asperón y en tal forma que permite sujetarla con la mano por el centro sin que necesite de mango ó empuñadura especial—Aguacaliente—Legado Troyo.



Hachas, Cuchillos y mazo de piedra, hallados en San Pedro de Alajuela, Nicoya, Los Quemados é Isla de Chira. El tamaño y peso de estas piezas indican que su empleo fué útil como instrumentos de agricultura y armas de guerra.—*Colección Thiel*.

Aquellas piezas fueron simplemente talladas por los indios, como dijimos antes, y las hemos colocado en escala de perfección ascendente con el objeto de enlazarlas con las piedras pulidas, por ejemplo, con el hacha número 3323, que mide 15 centímetros de longitud y que fué recogida en Nicoya por Matarrita; está hecha de sílex impuro y se parece mucho al ejemplar marcado con el número 5300 de la *Colección Thiel*.

Si exceptuamos los ejemplares marcados con los números 5301 y 5302, que son simplemente tallados, el resto de los especímenes que comprenden estas dos planchas de grabados, están en su mayor parte pulidos.



Cuchillos de piedra procedentes de Nicoya, El Sardinal, Santa Cruz y Liberia en la provincia de Guanacaste. Son en su mayoría de jade ó piedra verde. *Colección Thiel*.

La *Colección Velasco* recientemente comprada por el Supremo Gobierno para nuestro Museo Nacional ha venido á enriquecer las series de armas y ornamentos de piedra con más de dos mil ejemplares, que si bien no cambian el carácter especial de las piezas que poseíamos, si presentan muchas adiciones nuevas y ponen de manifiesto ciertos hechos que hasta ahora no se habían dado á conocer. Al tratar por separado de esta valiosa colección, especificaremos detenidamente todas aquellas piezas que nos parezcan de mayor mérito en el estudio de la arqueología nacional.

Tenemos á la vista una gran cantidad de objetos de jade, de esa piedra verde tan estimada por los antiguos pobladores del Continente Americano y cuyo origen se atribuye al Asia Oriental; mas como dijimos antes, nuestra opinión humilde es contraria á esa teoría: el hecho de que hasta ahora no se haya encontrado la jadeita en la conformación geológica de este Continente, no es razón bastante para negar en absoluto su existencia en nuestro territorio. Si los indios hubiesen traído en remotos tiempos ese material para elaborarlo en América, la piedra verde se habría distribuído casi con uniformidad en nuestras vertientes del Atlántico y del Pacífico, pero no sucede así: en la península de Nicoya todas las sepulturas poseen objetos de jade, mientras que en el Aguacaliente y en Turrialba esos objetos escasean de tal modo, que en el cementerio del Guayabo sólo encontramos el fragmento de un cañuto, después de descubrir algunos centenares de sepulturas antiguas cuyo contenido se conserva actualmente en el Museo Nacional. Las colecciones hechas en Nicoya abundan todas en piedras verdes, sobre la toda colección hecha recientemente por el Presbítero Velasco en aquella localidad.

Considerando este asunto desde otro punto de vista: al describir la interesante colección de antigüedades costarriqueñas que posee el Museo de Bremen, debido al esfuerzo del señor ex-cónsul alemán don J. Federico Lahmann, el reconocido arqueólogo señor Strebel, refuerza nuestro modo de pensar en los términos siguientes: (1)

"Todos esos objetos revelan un carácter especialmente americano y difieren de los productos de otras naciones como las asiáticas; hay tal continuidad en esos objetos que se puede seguir hasta los tiempos históricos; debemos, por lo tanto, deducir que en la misma época existía en América el material de que los fabricaron, pues si lo hubiesen importado de lejanas tierras, como del Asia, existirían documentos de aquel tiempo que lo probaran. Se podría contestar: que ese material era importado en tiempos prehistóricos; mas para aceptar esto debemos suponer que el material estuvo depositado en América durante largo tiempo ó que los objetos mismos fueron fabricados desde aquella época. La primera suposición es poco probable y para aceptar la segunda sería necesario que los objetos de nephrita difirieran en el estilo de los demás que los acompañan en las guacas, lo cual no es cierto. Todas estas razones me inducen á suponer que el material de los objetos de nephrita no procede del Asia."

Es indudable que las piezas de jade fueron elaboradas en América, pues además de su carácter esencialmente americano, como dice el señor Stre-

bel, se han descubierto pedazos grandes de piedra bruta de donde se ve que han sacado algunos de esos cuchillos. Tenemos en efecto el pedazo de jade marcado con el número 9095 que tiene una hendidura longitudinal hecha, al parecer con un hilo y arena húmeda: la longitud, ancho y grueso del fragmento que trataban de cortar dan el tamaño ordinario de los cuchillos mejor elaborados; también la pieza número 9096 manifiesta por cinco ó seis cortes del mismo estilo que de ella sacaron los indios otros tantos cuchillos ó cinceles; ambas piedras se hallan aún en bruto y el hecho de haberse encontrado dentro de las sepulturas nos indica que era material listo para ser elaborado.

Hay sin embargo un hecho que nos prueba que la adquisición de la piedra verde era sumamente difícil para los indios y es: que á menudo observamos esas piezas de valor precioso partidas en dos y aun en cuatro pedazos y no por la fractura brusca que pudiera ocasionarles el combate tiene sus poseedores, sino por un corte longitudinal ó transversal, pero en ambos casos hecho con cuidado y asiduidad de labor, originada probablemente por el repartimiento del trofeo de guerra entre varios jefes vencedores. Los ejemplares 7744 y 7750 representan cada uno un cuarto de una pieza grande y bien labrada, en forma de cuchillo, con una cara de relieve en su face anterior: esta pieza fué cortada longitudinalmente, dividiendo en dos partes la nariz y la boca, hacia los dos tercios de su longitud la cortaron transversalmente, de modo que el primer fragmento conserva: media cabeza, un ojo, y la mitad de la nariz y la boca; el segundo fragmento (número 7750) tiene algunas talladuras y un agujero, lo mismo que el primero, para usarlo colgado. Tanto estas piezas como los pedazos de jade en bruto proceden de Nicoya y han sido adquiridos recientemente por el Museo Nacional.

Absolutamente todas las piezas de piedra verde se hallan dentro de las sepulturas colocadas con cierto cuidado especial y cuando ellas formaron cuentas de un collar ocupan la posición correspondiente donde debió quedar el cadáver del indio que las poseía. Sin exceptuar ninguno de los objetos de jade, todos tienen un agujero por donde pasaba el cordón que había de mantenerlos colgando. En los cuchillos mismos no se halla rastro alguno de empuñadura especial que los hiciese útiles para la agricultura ó los combates, apenas si parece que se aplicaban ó servían de ellos los indios en las ceremonias religiosas y el resto del tiempo se hacia ostentación de ellos en el pecho ó en los brazos á manera de amuletos.

La piedra verde se empleaba para hacer cuentas de collares, cañutos labrados, cuchillos, bolas (con un agujero y dos taladros auxiliares á manera de empuñadura de bastón) orejeras, que reemplazaban á los pendientes actuales, bezotes, etc. Entre los componentes de los brazaletes y collares se hallan cabezas y picos de pájaro, perritos, formas completas de la lechuga, de peces y otros animales cuyos parecidos apenas se pueden imaginar.

Hay entre las representaciones de las aves, la de un lorito (número 9077) que es una verdadera joya de la escultura indígena, por el refinamiento del trabajo en cada uno de sus detalles.

La obsidiana era empleada á menudo en Costa Rica para sacar de ella las pequeñas navajas que usaban para hacerse incisiones en la lengua ú otras partes delicadas del cuerpo, siempre que era nece-

1. Bericht über die Sammlung Alterthümer aus Costarica in Bremer Museum. Von Hermann Strebel in Hamburg.—Hierzu Tafel I—IV.

sario sellar con sangre los tratados de alianza ofensiva y defensiva entre dos ó varios caciques. Con el número 9085 tenemos escrito el mayor núcleo ó pedazo de obsidiana de donde se sacaron bastantes navajas; hay otros varios pedazos y muchas navajas que sería prolijo enumerar. La forma de estos núcleos es siempre cónica y se cree que las navajas las sacaban con un cuerno de venado aplicado de punta sobre la parte superior del cono, golpeando después el cuerno fuertemente con una piedra ó mazo á manera de cincel. Las navajas de obsidiana no tienen pulimento alguno, diferenciándose en esto nuestros antiguos indios de los mexicanos que poseían preciosas planchas de obsidiana pulida, las cuales usaban como espejos.

En la colección de don Juan J. Matarrita hay algunas piedras de molejón usadas para afitar; mas nos extraña que otras colecciones tan numerosas como las de Troyo y Velasco carezcan de muestras semejantes.

Nada hay tan notable entre las armas de guerra como los mazos provistos de un agujero grande en el centro para articular de una manera fuerte el mango ó empuñadura que los convertía en armas contundentes de terrible efecto. Estas mazas son á veces simplemente redondas, á veces tienen protuberancias al rededor del cuerpo cilíndrico; otras tienen relieves en que se representan cabezas de lagarto, de serpiente, de águila, de cuervo, de cocodrilo; otras figuran una calavera, una cabeza humana, etc. Pero siempre son de piedra dura y sumamente pesada, cuyos colores varían desde el blanco mate del mármol hasta un intenso gris. El peso de estas piezas es de un kilogramo por término medio.

ANASTASIO ALFARO

## Asuntos nacionales

Yo no quiero limitar la esfera del arte; entiendo que todo es fuente de poesía: lo mismo las regiones puramente ideales que la naturaleza real; lo mismo la fé, que la duda, que la negación, y si son hermosas las quimeras creadas por la fantasía voladora que desplegada sabe remontarse á los campos de lo ideal, hermosas también son las descripciones de la gran naturaleza; si hermosa es la plegaria del poeta creyente, también la blasfemia artística hiere el sentimiento y tiene su belleza, y aplauso y gloria merece todo el que con elementos reales ó meramente ideales crea la obra bella; pero quisiera que los espíritus artísticos se inclinaran á explotar el inmenso caudal que la exuberante naturaleza de nuestro país nos ofrece; los mil parajes encantadores que nunca tuvieron descripción, las costumbres, también inenarradas hasta hoy en ninguna obra artística, los muchísimos cuadros de la vida diaria de nuestro pueblo, cantera inmensa inexplorada, que aguarda aun que los artistas arranquen de ella el mármol de sus estatuas. ¿Qué importa que en su verdadera realidad muchos de esos sujetos no tengan la atrayente hermosura de los sujetos que las refinadas civilizaciones ofrecen? ¿Acaso el arte no es un gran depurador? Con razón dice don Juan Valera: "El arte todo lo purifica y en imagen y representación, y no en realidad, tal vez gustan la cabeza del tiñoso en el cuadro de la Santa Isabel de Murillo, las figuras que de espaldas y arri-

madas á un muro, se ven en los cuadros de un pintor flamenco."

La mucha sutileza y reserva del ilustre estilista y gran estético, le han obligado á decir que *tal ves gustan*; para mí tengo que gustan de seguro, porque hay en esto algo como la admiración á la facultad creadora al poder de realización artística del poeta ó del pintor, que nos hace encontrar atractivo y encanto en sus obras de arte.

Uno de los principales factores que le dan crédito á un autor es la originalidad, y yo creo que de ningún modo mejor que trabajando sobre ese fondo nacional podemos ser originales. Se me dirá que un asunto nacional solo á nosotros mismos puede interesarnos y que así no tendrá vida universal, que caso de que los extranjeros den lectura á nuestra obra, no sabrán apreciarla, por no conocer la realidad de que ella es imagen. No tendríamos mas que recordar que hay espíritus verdaderamente aptos y curiosos que no desdeñarían nuestros cuadros, espíritus para los cuales aun tendrían mayor encanto por la novedad y noticia que de lugares, caracteres y costumbres les llevarían. Nos basta recordar el singular atractivo que los pocos cuadros genuinamente americanos han tenido para Valera.

Bien comprendo que dada la semejanza de naturaleza, la relación de origen y la casi uniformidad de adelanto de los Estados centroamericanos y aun de otras fracciones de América, tal vez no lograríamos que nuestros cuadros fueran puramente nacionales; corresponderían tal vez á más amplio medio, pero al menos serían retratos de lugares, personas, costumbres y tradiciones que conocemos, del medio en que nos movemos, de lo que amamos y que por lo tanto debe interesarnos, y de seguro nuestros esfuerzos literarios no resultarían tan pobres y desmañados como cuando nos ponemos á pintar lo que no conocemos, aquello de que quizás apenas el nombre ha llegado á nosotros, porque, como dice Bobadilla: *lo que no se conoce no puede amarse y lo que no se ama no interesa.*

Pero la obra es difícil, porque, además de la depuración, de la selección artística que tendríamos que hacer en el lenguaje de nuestro pueblo (porque el lenguaje verdaderamente natural, como enseña Valera, sería inaguantable en la obra de arte) tendríamos que estudiar mucho estos sujetos, tal vez por su misma sencillez difíciles de pintar, para poner de ellos lo esencial, lo característico: que no nos baste describir la escena en algún punto de Costa Rica, que, además, por el fondo y el colorido de ella resulte costarricense. Y esto es lo difícil, porque si á notables escritores se les ha censurado esta falta de correspondencia entre sus escenas y caracteres pintados y el medio en que los hacen desarrollarse, ¿qué esfuerzo y qué cuidado y qué estudio no tendremos que desplegar nosotros para que nuestras escenas y caracteres resulten conformes con nuestro medio!

Algo nacional:—este es mi deseo, pero repito que no pretendo encadenar la mente de nuestra juventud. Quien se sienta con poderosa fantasía ó con delicada facultad para interesarnos con sus ficciones ideales ó quien conozca otro medio y sujetos exóticos, que los describa, que dé rienda suelta á su pensamiento y libertad á su pluma. Y si da creación á una obra hermosa, si acierta en su labor, con cuánto gusto le tributaré mi aplauso, que si por ser de persona de escaso valer literario no logrará llevar honor y fama al artista, sincero como ninguno le indicará

que hay un espíritu que le sigue en su vuelo y tal vez le comprende, y que le alienta en esta tierra tan poco inclinada al entusiasmo literario!

RENÉ

San José, 26 de febrero de 1895.

MIS VERSOS. — Por JUSTO A. FACIO (costarricense)—Crespones, Bronces, Adelfas, Medallones, Tapices, Sonetos grises, Facetas, Flores de llanto, Torsos: tales son los títulos de las secciones en que se divide el precioso material de este libro; títulos que harían esperar al lector otras tantas poesías del género decadente, á no tener conocido á su autor como á uno de los poetas de más vigorosa personalidad que tiene la América Central. FACIO es todo un artista, y sus obras tienen la variedad de la naturaleza que lo inspira. Sabe esculpir joyas y modelar estatuas, conoce los secretos del colorido y el lenguaje misterioso de la armonía. Su gran maestra le ha hecho revelaciones de amante; y estos versos suyos muestran cuán vasto espacio puede abarcar su inspiración, manteniéndose ella siempre elevada y no pocas veces con alientos de originalidad. En la poesía erótica no es FACIO un sensual de instinto, sino un artista enamorado de la obra maestra del Creador; y si á menudo, detrás del biombo de su estudio, óyese que besa á sus modelos, no es sino que cual otro Pigmalión hace vivir sus Galateas con el fuego de su propia alma de inspirado.

(De *Las Tres Américas*—Enero—1895)

## CRONICA

Con qué dulce fruición evoca el alma las horas alegres de la infancia; á su conjuro reviven los recuerdos ha tiempo adormecidos. Como en un viejo cuadro borroso al que se sacude el polvo y se lavan los manchones, aparecen de nuevo los colores y poco á poco a-oman las figuras y se marcan los perfiles, hasta que se presenta de nuevo la obra completa, un recuerdo trae el otro, una fisonomía olvidada ha tiempo, despierta otra y otras, y á poco la labor de reconstrucción que comenzó dificultosa se hace fácil y llana y en pensamiento volvemos á vivir la vida de entonces, la vida alegre del colegial, la dichosa existencia de los niños. Pasado el alborozo de las vacaciones, abren de nuevo sus anchas puertas los colegios y á ellos vuelven con cara compungida los muchachos, todavía quemados por el sol, con las mejillas enrojecidas y los cuerpos vigorizados por la savia potente de los campos. Estos primeros días son de prueba para los estudiantes; el libro se les cae de las manos y la pereza sopla su airecillo narcotizante, cerrando párpados y doblando cabezas. La costumbre domará los hábitos de holganza adquiridos en la vida agitada de los campos y dentro de poco entrará el espíritu sin desgana por los intrincados vericuetos del estudio. El estímulo cerrará las puertas á los bostezos; y más de uno de los que hoy se lamentan, con-

siderando la escuela como una cárcel y al maestro como un verdugo, recordará mañana con tristeza las escenas de hoy y sentirá humedecerse los ojos al pensar en la vida alegre que hoy lleva, desprovista de pesares, ajena á las pasiones, libre de odios. Vida de esperanza, limpia de negreguras, é iluminada por la claridad eucarística de la inocencia. ¡Dichosos ellos, que aun no han entrado en el terreno árido de las realidades ni sentido sobre la frente el beso helado del desengaño!

Bernardino Peralta: aunque la temíamos, no pudo menos que sorprendernos dolorosamente la noticia de la muerte de este excelente caballero, jefe de una respetable familia cartaginés. Por sus altas prendas de carácter, por su rectitud y por su laboriosidad ocupó siempre el señor Peralta puesto honroso en las filas de los sobresalientes. Su modo de ser lo mantuvo retirado de la política casi siempre, por lo que no ocupó jamás, teniendo merecimientos para ello, ningún destino público. Le gustaba en todo, y así lo practicó siempre, seguir el camino recto, aquel por donde marchan los hombres de conciencia limpia y de temple vigoroso. Muere á una edad avanzada, y aunque su inteligencia y constante empeño le proporcionaron el goce de una fortuna grande, no ha sotlado las herramientas del trabajo sino cuando la muerte paralizó su vigor. El señor Peralta fué de aquellos que todo se lo deben á sí propios, de los que en los días de prosperidad pueden volver los ojos con orgullo á las aperturas del comienzo.

Clodomiro Echandi: la noticia de su muerte produjo sensación de sorpresa y dolor. Bajó sobre él el rayo, sin que le precediera ningún relámpago. Estaba bueno, alegre, rodeado del cariño de sus hijos, cosechando en atenciones y mimo los esfuerzos constantes que á ellos consagrara durante toda su vida. La muerte entró á su hogar con sorpresa, cayó sobre él de súbito y á mansalva le hundió hasta el pomo su puñal certero.

Zacarías Pacheco: cerramos estas notas fúnebres con un recuerdo para el simpático y respetable amigo. Uníanos al excelente viejo estrechos lazos de afecto, á que él era por diversas condiciones acreedor. Hombre de corazón valiente, supo llevar resignado, y hasta feliz á veces, la carga de una existencia trabajosa. El dolor fortaleció su espíritu y templó su alma en el fuego de las más crueles pruebas. La desgracia lo persiguió hasta el fin y ha cerrado los ojos después de larga y terrible enfermedad. Meditando en esta vida que acaba de extinguirse, echamos de ménos el perdido encanto de nuestras creencias. Sí, debe de haber un premio para los buenos, debe de haber un lugar de venturanza y de justa compensación.....

Vuelven las golondrinas: San José reconquista su alegría enfiada; por el general abandono. La bulliciosa tropa puebla los parques y las tienditas y en las calles agita el viento más de una linda cbellera.

Regresan las amables desertoras, trayendo acopio de vida para un año más; los auras campestres han borrado los estragos de la anemia, el sol derritió la cera de muchas mejillas pálidas, abriendo en ellas los capullos rosados. ¡Salud!

Un soplo de regocijo despierta la animación adormecida, la sultana recoge sus joyas y vuelve á sus costumbres de empedernida sibarita. Adiós, tristes yeladas; adiós, horas de tedio; adiós, horribles bostezos: ya están aquí las abejas que fabrican las mieles de la dicha, ya llegó el hada Alegría y ha puesto en movimiento su ejército tentador. Duerma los sombreritos de anchas alas, duerman las elegantes faldas de las amazonas y las fustas de márfil. Pasó el imperio de las manoplas y entramos en el reinado de los guantes.

\* \*

La escuela de música que hábilmente dirige don Alejandro Monestel, con la colaboración distinguida de personas como la señorita Marcelina González, don Augusto Fla-Chéba, don Pilar Jiménez y don José J. Vargas, ha reanudado sus tareas bajo el mismo plan seguido en los años anteriores. No dudamos que el público dispensará, como es de justicia, sus favores á la reputada escuela de Santa Cecilia. Sabemos que gran número de alumnos han dejado ya sus nombres en los registros del libro de matrículas.

\* \*

Adrede hemos dejado para último, como se deja el champán en los banquetes, la noticia gratísima del recibimiento de nuestro querido amigo el joven don Alberto Pacheco, muchacho de porvenir, que se graduó de Bachiller en Derecho el doce del corriente. El acto estuvo, como lo presumíamos, muy interesante y dió ocasión al simpático amigo para lucir una vez más las galas de su firme y bien cultivada inteligencia. Los lauros alcanzados por Alberto Pacheco deben llenarlo de orgullo, ya que son fruto de su constancia y laboriosidad. Nuestra felicitación tiene el doble mérito de ser entusiasta y sincera.

ARTURO MONTES

## NOTAS ARTISTICAS y LITERARIAS

—El eminente poeta español D. Manuel Reina ha dado á luz recientemente un volumen de poesías con el nombre de *La vida inquieta*. Lleva una carta prólogo autógrafa de Núñez de Arce y contiene bellísimas poesías. Esa obra, que acaba de llegar á San José, está á la venta en *La Librería Moderna*, de don Antonio Font.

—Otra importante obra recién llegada es *Marta y María*, segunda de la colección de novelas de Armando Palacio Valdés, que está ahora publicando en Madrid la casa editora de Victoriano Suárez. La vende aquí también *La Librería Moderna*.

—En Atenas, Grecia, acaba de ser estrenada con éxito extraordinario la hermosa obra de Echeagaray, *El gran galoto*. La crítica asegura que la traducción está admirablemente hecha por el señor Bikelas, uno de los primeros literatos de Grecia. Son ya siete los idiomas á que está traducido *El gran galoto*, así como otras varias obras del mismo au-

tor, tales como *O Locura ó Santidad, Mariana, Un crítico incipiente*, etc.

—Los periódicos de Francia hablan de la grave y larga enfermedad que está padeciendo François Coppée. Hay, sin embargo, esperanzas de que el ilustre poeta se salve.

—En Madrid acaba de morir el chispeante y fácil escritor D. José Estremera. Fué autor muy distinguido de lindos libretos de zarzuela, entre los cuales son de citarse especialmente *El hermano Baltazar* y *San Francisco de Sena*, á los cuales pusieron música respectivamente los maestros Caballero y Arrieta.

—En París murió no hace muchos días aún el notable escritor Mr. Augusto Vacquerie, redactor en Jefe del *Rappel*. Mr. Vacquerie era un poeta romántico, muy sobresaliente, de la escuela de Víctor Hugo, por quien siempre tuvo una admiración profunda.

## ANUNCIOS

## Notas y Letras

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

Precios de suscripción

Trimestre adelantado.....	\$ 2-00
Números sueltos.....	0-75
Números atrasados.....	1-00

Anuncios, á precios convencionales

Administración: CALLE 19, N° 69, N.

## LIBRERIA

Y

TALLER DE ENGUADERNACION  
DE  
ANTONIO PADRON

Calle 19 n° 69 Norte

## Obras en Venta

## CODIGOS

Y

## LEYES ORGANICAS

DE

COSTA RICA

1 tomo pasta..... \$ 6-00

TIPOGRAFÍA NACIONAL